

SEXUALIDAD: VARIABILIDAD DE EXPRESIONES

Xabier Lizarraga*

“Ninguna sexualidad es espontánea. Ha habido civilizaciones en que la homosexualidad, la poligamia, la exogamia, la promiscuidad, la pederastía, la ninfomanía o la gerontofilia han sido tan normas como lo es en la nuestra la heterosexualidad monogámica”.

José Joaquín Blanco

1. *Introducción*

Como seres sexuales nuestro comportamiento manifiesta sexualidad en casi todos nuestros actos. La sexualidad, si bien puede concebirse como “aquella conducta que involucra la estimulación y la excitación de los órganos sexuales” (Beach & Ford, 1969, p. 16), no es posible seguir limitándola a la genitalidad, ni sostener que el *Homo sapiens* es producto de una herencia genética que determina acciones concretas y estereotipadas, tampoco podemos restringirla al plano de la reproducción individual y de la especie. El espectro de la sexualidad es infinitamente más amplio y se expande a toda la serie de comportamientos que el ser adopta para sí y en sociedad en función de poseer un sexo.

La genitalidad sin duda es parte constitutiva de ella, morfológica y fisiológicamente es su base primigenia. Olvidar el papel que juega la genética en cuanto a la información específica para un producto fenotípico, sería tomar al hombre como un ente casual, indescriptible e inespecífico. Negar una función reproductiva del comportamiento sexual sería negar una evidencia filogenética. Sin embargo, restringir la sexualidad a la genitalidad, estereotiparla y limitarla a la reproducción es desconocer tanto la especiación del *Homo sapiens* como la evolución de la que somos producto.

Tanto la unicidad como la variabilidad son características de las especies. Una enorme y plástica variabilidad es un rasgo específico del ser humano. La sexualidad no es ajena a esta realidad. En todo

* Escuela Nacional de Antropología e Historia.

individuo podemos observar elementos comunes respecto a la sexualidad, rastreables de alguna manera en una historia evolutiva de las especies, así como existe una variabilidad que lo particulariza.

La sexualidad, englobada en la realidad comportamental, se nos muestra como un complejo juego de interrelaciones entre funcionalidad fisiológica, especificidad morfoanatômica, socialización e individualidades. Así como nuestra anatomía, por ejemplo, es producto de una sucesión de transformaciones que dibujan en el tiempo cambios evolutivos, la socialización, como parte integral de la especie, tampoco surge de la nada, si no que es producto de cambios sufridos a partir de cuerpos sociales precedentes en la escala zoológica.

Otro factor que nos da especificidad, y del que nos ufanamos como dominadores y transformadores del medio ambiente, es la cultura. Sin embargo, este mismo factor, con su propia historia evolutiva y revolucionaria, no sólo amplía las posibilidades adaptativas de la especie, sino que transforma al ser humano mismo y complejiza su expresividad comportamental. No sólo permite dominar y transformar el medio ambiente, sino que incrementa la variabilidad intraespecífica y establece aquellos mecanismos, en el seno de la socialización, a través de los cuales la dominación adquiere una significación ideológica de poder, también intraespecífica. Así como la anatomía y la socialización, la aparición de la capacidad cultural tampoco es un logro repentino y espontáneo: todo el proceso evolutivo previo ha tenido que preparar el terreno para que la cultura se manifieste como un mecanismo adaptativo, vinculado necesariamente a la misma anatomía, a las formas de la vida social y a una diversidad de aspectos psicológicos.

Biología, sociedad y cultura, aunadas a una diversidad mesoambiental, física o creada, así como al devenir, han establecido un mosaico prácticamente infinito de realidades observables y potencialidades circunstancialmente expresables.

La unidad de la especie podemos constatarla a través de rasgos morfoanatômicos como el bipedismo, la estructura cerebral, el número cromosómico, etc. La variabilidad nos muestra una gama de estaturas, intensidades de pigmentación de la piel, tipos sanguíneos: diferencias geno y fenotípicas. Asimismo, la unidad de la especie nos manifiesta un comportamiento social y cultural, y la variabilidad un marco de expresiones que permiten la comunicación al tiempo que la individualidad de cada miembro de la especie.

La sexualidad, como parte integral del ser, producto de un imperativo innato plástico, no tiene por qué ser de otra forma: si bien algunos de sus factores constitutivos son generalizables (v. g. la vasocongestión en la excitación sexual, un aumento del tono muscular, cambios en la presión diastólica y sistólica y las contracciones

mioclónicas cada ocho décimas de segundo durante el orgasmo), la variabilidad en la percepción de estímulos impide una generalización de la expresión comportamental.

La característica variabilidad de la especie, incluso se manifiesta en aquello que pudiera parecer más universal. Masters y Johnson, tras años de una intensa investigación, consiguieron describir la curva fisiológica de la respuesta sexual humana. Analizaron las fases en que ésta se desarrolla: excitación, meseta, orgasmo y resolución, y comprobaron qué cambios caracterizan a cada una de ellas, no sólo a nivel de los órganos genitales, sino también los cambios sistémicos más frecuentes como la tensión muscular voluntaria e involuntaria, sudoración, taquicardia, etc. Identificaron también un tipo básico de curva en los individuos de sexo masculino, incluyendo al final una fase refractaria así como la posibilidad de una multiorgasmia masculina, y por lo menos tres modalidades de la curva femenina. Este último hecho está directamente relacionado con factores socioculturales.

No obstante, los fenómenos fisiológicos de cada fase no siguen necesariamente un ordenamiento secuencial rígido ni tampoco coinciden siempre las percepciones subjetivas en cada individuo ni en cada una de sus experiencias sexuales. La realidad va más allá de los estereotipos y pautas prefijadas en cada uno de los aspectos involucrados en la sexualidad.

2. *El concepto de "expresiones comportamentales de la sexualidad"*

Herederas de una tradición grecolatina por una parte, y judeocristiana por otra, las sociedades que a sí mismas se han denominado "*Mundo Civilizado*", hablando en nombre de la especie han creado todo un complejo aparato conceptual limitante y distorsionado. Un concepto como "*sexualidad*", al que aún hoy hacemos referencia con cierto temor y que sin embargo está constantemente presente en el devenir cotidiano como manifestación, encierra en sí mismo una compleja historia. La manipulación ideológica, la mitificación y el tabú tan revestido su significación con atuendos que ocultan su realidad.

Dando diversidad de argumentos, según las características particulares de un grupo social en un momento dado de su historia, en función de intereses concretos de tipo económico y de luchas de poder, la sexualidad de los individuos no sólo se ve condicionada y restringida a determinadas formas de expresión, sino que ha sido blanco de prejuicios en los que las creencias y las actitudes juegan el papel de reguladores del comportamiento.

Construyendo cuerpos morales, la sociedad establece lo que es

“*inmóral*” frente a su código de conductas deseables. Concepciones religiosas han etiquetado comportamientos bajo el título de “*pecado*”, del mismo modo como concepciones punitivas de tipo jurídico aplican el de “*delito*”. La medicina “*identificó*” “*patologías*” y las ciencias de la conducta determinaron “*desviaciones*”. Sin otros argumentos sólidos que *lo esperado* por el aparato institucional de regulaciones, la lista de calificativos, en función de escalas axiomáticas, ha aportado todo un diccionario de términos inaprehensibles por subjetivos: aberración, degeneración, vicio, etc. Muchos de ellos en un principio realmente descriptivos, han perdido tal carácter para llegar a ser vocablos de uso corriente cuya semántica se diluye: anormalidad, por ejemplo.

Siendo las normas sociales temporales y los comportamientos tan diversos, las disciplinas sexológicas no pueden seguir rigiéndose por la subjetividad de un momento histórico, las necesidades de un sistema sociopolítico concreto y un cuadro de costumbres y tradiciones particular. Aquello que es objeto de estudio de la sexología sólo será temporal en la medida en que la diferenciación sexual intraespecífica llegue a ser temporal también.

Si bien como saber crítico y objetivo, el estudio de la sexualidad no puede reducirse a la descripción, sin analizar procesos, el uso de juicios o semas valorativos restringe la objetividad. Todo ello, mueve a desacreditar el uso científico de términos cuya ambigüedad y relatividad es fuente de prejuicios. Para nombrar realidades se busca el uso de una terminología que no valore comportamientos y se limite a describir el o los rasgos universalizables.

El uso de un concepto como es el de “*Expresiones comportamentales de la sexualidad*” busca hacer referencia únicamente a la diversidad de formas en que el comportamiento sexual llega o puede llegar a manifestarse, sin connotaciones de “*bondad*” o “*maldad*”. Asimismo, sin confundir lo que es una expresión comportamental de la sexualidad con otras conductas que se significan como técnicas sexuales para la consecución de una satisfacción orgásmica, v.g. *fellatio*, *cunnilingus*, caricias, etc. Independientemente de que algunas expresiones, como la masturbación, en un momento dado puedan también cumplir un papel como técnica en la expresión sexual de un individuo, pareja o grupo.

3. Sobre la variabilidad de las expresiones

La capacidad humana para erotizar o hacer de algo un estímulo sexual efectivo es inmensa, dado que depende de la potencialidad creativa y recreativa del *Homo sapiens*.

La deseabilidad o indeseabilidad, el afecto, atracción o rechazo hacia seres y/u objetos se ha visto reforzado evolutivamente en vir-

tud de una menor dependencia comportamental del control hormonal y de una instintividad, y por el incremento en importancia que adquiere la actividad del córtex cerebral.

El ser humano no desarrolla módulos concretos de comportamiento sexual sólo como resultado de una herencia biológica, sino que en gran medida son producto de un aprendizaje social, como animales altriciales que somos, y de una espontaneidad inventiva, como animales culturales. Los aspectos genéticos y hormonales en la expresividad comportamental de la sexualidad sólo juegan un papel limitado aunque importante: el de promotores de una potencialidad responsiva. Ni los cromosomas ni los niveles hormonales determinan la incidencia ni el tipo de estimulación sexual que los distintos individuos tienen como efectivos para desencadenar una respuesta sexual.

Aunque existe una dependencia de la actividad de determinados centros nerviosos para la presencia de algunos reflejos sexuales básicos (v.g. la erección y la eyaculación en los machos: centros toracolumbar T.12, L.1 y L.2 y centros sacros S.2 S.3 y S.4), el papel del sistema nervioso va más allá de respuestas puramente fisiológicas y, en gran medida, es responsable de la compleja variabilidad del comportamiento sexual.

Sin embargo, la expresividad comportamental de la sexualidad humana encierra aún un sin número de interrogantes. Su estudio se nos presenta como un campo abierto a la investigación interdisciplinaria. Los escasos intentos de una sistematización de clasificación sólo alcanzan niveles descriptivos en función de:

- a) Necesidad o no de compañero sexual.
- b) Especie animal, sexo, edad, número y conocimiento que se requiere del(os) compañero(s) sexual(es).
- c) El requerimiento de ropas, objetos, situaciones concretas, sensaciones, etc. para la consecución o incremento de la excitación sexual.

Todo lo cual no implica, necesariamente, una exclusividad ni una forma generalizada de manifestación de las expresiones. En función de un sólo factor: a quien o qué requiere el individuo como estímulo sexual efectivo es que podemos enumerar expresiones. Es decir, y como ejemplo, más allá de esto los singulares carecen de fundamento: en último caso no existe la heterosexualidad, sino *heterosexualidades*, en virtud del infinito número de variables que hacen de cada contacto heterosexual una experiencia y una expresión única e irrepetible. Del mismo modo, hablar de homosexualidad es sólo hacer referencia a la estimulación sexual de un individuo por

otro de su mismo sexo y especie. La expresividad, a lo largo de los distintos contactos sexuales constituye plurales.

4. *Expresiones comportamentales de la sexualidad y algunos aspectos socioculturales involucrados*

Cada una de las expresiones comportamentales de la sexualidad, más que tener una esencia en sí mismas, son producto de una historia.

Heterosexualidad, Homosexualidad y Bisexualidad

En sociedades patriarcales en las que el sexismo se establece desde la primigenia división del trabajo por sexos, la heterosexualidad no sólo se impuso como norma estadística, sino que reguló la valorización del resto de las expresiones comportamentales de la sexualidad. Del mismo modo y en función de una diversidad de intereses temporales de tipo socioeconómico, la heterosexualidad se estereotipó como una expresión coital (pene-vagina) reproductiva; restringida o prioritariamente dirigida a la genitalidad con miras a la perpetuación, no sólo de la especie, sino del Estado y, por ende, de las instituciones que a éste garantizan su existencia: el matrimonio y la familia.

Rasando la heterosexualidad a tan limitada concepción, consecuentemente se ha reducido la comprensión del resto de las expresiones que no sólo no constituyen, en sociedades como la nuestra, la norma estadística, sino que atenta prácticamente e ideológicamente contra el aparato estatal. Como expresara José Joaquín Blanco ("*Ojos que da pánico soñar*").

"Como nuestras relaciones amorosas no se dirigen a construir un patrimonio, a erigir una institución de buena conciencia, a subir en el status social ni a colocarnos mejor en el escalafón establecido (. . .) aprendimos a amar en el amante a un *otro*, y no a un objeto de nuestra propiedad". (*Sábado*, suplemento de UNO MAS UNO, 17 de marzo de 1979).

En virtud de no compartir preferencias, se determinan actitudes de rechazo o desaprobación que obstaculizan el estudio, así como la utilización práctica del conocimiento científico, no sólo en favor de unos cuantos, sino del conjunto humano. Es innegable, por ejemplo, que "si en nuestra sociedad la anorgasmia fuera tan frecuente en el hombre como lo es en la mujer, seguramente la terapia sexual, sería un hecho cotidiano y tal vez institucionalizado" (Alvarez-Gayou y col. 1979, p. 85).

La homosexualidad, por otra parte, que más o menos recientemente fue borrada de la lista de enfermedades por la Asociación

Psiquiátrica de Norteamérica, ha recibido fuertes ataques a lo largo de la historia occidental, y se ha visto además estereotipada, ridiculizada, tergiversada y reprimida.

Frecuentemente se confunde con otra expresión: el *transvertismo*; con una disonancia de la identidad de género: el *transexualismo*; y con técnicas estimulativas del contacto sexual como la *inversión*. Asimismo, a menudo se piensa en el contacto homosexual como el realizado por dos o más individuos de sexo masculino o bien por los que sólo asumen el papel de penetrados. El lesbianismo u homosexualismo femenino ha sido, si no sistemáticamente ignorado, sí despreciado por la mayoría de las investigaciones, y con mucho, estereotipado según los intereses de una heterosexualidad masculina.

La bisexualidad, por su parte, no supone, como frecuentemente se le quiere ver, una indefinición entre hetero y homosexualidad. Como una realidad en sí misma, puede ser expresada tanto a lo largo de las preferencias de toda o parte de la vida sexual del individuo, como en un mismo contacto, si éste se produce con más de un compañero sexual.

Esta expresión es quizás, por efecto mismo del sexismo condicionador de nuestras concepciones, una de las menos estudiadas y muchas veces negada tanto por hetero como por homosexuales. Las bisexualidades particulares permanecen muchas veces ocultas a la comprensión, y sólo podemos referirnos a ellas en función de qué estímulo sexual efectivo es prioritario: en el caso de la bisexualidad el individuo siente tanta atracción por un sexo como por el otro, y el tipo de relación que tenga, en un momento dado, dependerá de una serie de variables temporales y circunstanciales, que van desde una posibilidad de libertad de acción hasta estados anímicos

Transvestismo y Fetichismo

En el transvestismo, de ninguna manera se hace referencia a una necesidad específica del individuo de tener un compañero sexual o de que éste tenga que ser de un sexo o de otro. El transvestismo sólo implica que la estimulación sexual se logra o incrementa mediante el uso de ropas y/o accesorios que un grupo sociocultural determinado considera atípicos, es decir, característicos de los individuos del otro sexo.

La pluralidad de la expresividad sexual determina, por ejemplo, que un mismo individuo manifieste más de una expresión a lo largo de su vida o en un mismo contacto sexual. Así, un individuo puede manifestarse como transvestista al tiempo que heterosexual, bisexual u homosexual, masoquista, paidofílico, etc. Todo ello determina, consecuentemente, casos particulares inclasificables en forma

rígida y menos aún generalizables a todos los transvestistas o a todos los heterosexuales o masoquistas.

Cercano, sólo por uno de sus factores, a la expresión transvestista, el fetichismo o estimulación sexual a base de objetos y/o prendas que el individuo ha erotizado, en gran medida se manifiesta en cada uno de nosotros bajo diferentes formas: costumbres o ritos culturales determinan una valoración emotiva, con diferentes grados de significación sexual, a la fotografía de un ser, de una estrella del espectáculo o al anillo de compromiso o matrimonio. El pañuelo levantado del suelo y guardado celosamente, presente tantas veces en la literatura romántica, es quizás una de las más claras manifestaciones de un fetichismo asumido y festejado en nuestro propio contexto sociocultural. El fetichismo y el concepto de "propiedad" se dan la mano en un juego sólo en apariencia inocente, dentro del dinámico marco de una política sexual.

Paidofilia y Gerontofilia

Paralela a la división sexual del trabajo, muchas sociedades han determinado divisiones comportamentales en función de la edad. La nuestra no sólo es una concepción machista, sino adulta de la sexualidad. Junto con los niños y los adolescentes, los individuos añosos sólo son concebidos colateralmente al mundo social y con ellos su sexualidad: como si su único valor fuese la experiencia y no la actividad. Esta y ellos mismos como estímulos sexuales de otros, se ven limitados según intereses y concepciones prepotentes de la heterosexualidad adulta.

La atracción sexual estimulativa a través de individuos añosos o gerontofilia, así como la paidofilia, o estimulación sexual mediante niños, han sido referidas mitológica, económica y políticamente desde aquellas perspectivas que imponen la reproductividad adulta como fundamental argumento represivo: la reproducción de la especie, del sistema sociopolítico, de la fuerza de trabajo y de los aparatos ideológicos de dominación. Aún y cuando esto no se arguya abiertamente como finalidad y se disfrace su calidad de argumento a través de actitudes de desaprobación, rechazo y ataque.

En el caso de los niños y de los individuos postpúberes, se alude a la necesidad de una madurez, no sólo biológica, sino psíquica y social. Estas últimas, sin embargo, a través de ningún estudio han podido definirse objetivamente, y en función de una ideología sociopolítica se les concibe especulativa y ambiguamente.

Masturbación

En relación directa a todo este marco de actitudes y opiniones frente a la sexualidad del individuo no reconocido socialmente

como adulto, cabe hacer referencia a una de las expresiones más frecuente, no sólo en el ser humano, sino en la mayoría de las especies de mamíferos: la masturbación o autoestimulación sexual.

El origen de este comportamiento no sólo hunde sus raíces en un largo proceso evolutivo, más manifiesto entre los machos que entre las hembras, sino en un importante proceso de aprendizaje. Aunado a sensaciones placenteras el acto masturbatorio tiene relación directa con los "tactos infantiles", a través de los cuales el individuo explora su contorno y a sí mismo, reconociéndose y experimentándose como sujeto perceptivo, sensitivo, reactivo, responsivo, inventivo y social.

Ahora bien, que la masturbación por su genitalidad sea reconocida como expresión sexual en el niño por parte del adulto, no significa que sólo alcance niveles de genitalidad, ni supone que se trate de una expresión "inmadura". Investigaciones realizadas por autores como Kinsey, Beach, Ford, Asayama, Hamilton, Davis, etc. ponen de manifiesto que este tipo de conductas, frecuentes en los primeros años de la vida, en gran cantidad de sujetos siguen siendo fuente de satisfacción orgásmica a lo largo de toda la vida. Su frecuencia varía en función, principalmente, de la actitud sociocultural que se adopte frente a esta expresión.

Necrofilia y Zoofilia

A través de la historia, frente a expresiones como la necrofilia o atracción estimulativa sexual por cadáveres, se han tomado diversas actitudes que van desde la tolerancia o aprobación circunstancial—como ocurría en el Egipto faraónico en relación a los embalsamadores— hasta la desaprobación radical en base a concepciones religiosas como las judeocristianas.

Su categorización psicológica se basa en especulaciones y la necrofilia frecuentemente se ve encasillada en el campo de las neurosis: Terreno tan explotado y tan rudimentariamente comprendido. Por ahora, el argumento "neurosis" carece de fundamento suficiente como para generalizarlo y propagar un rechazo. También es en base a *neurosis condicionadas* por el propio sistema social, que todos estructuramos un sin número de aquellas conductas deseables para la sociedad en que vivimos.

El desconocimiento que hoy tenemos de ésta y de muchas otras expresiones no permite establecer todavía normas científicas, objetivas y concretas para aplicar o no un tratamiento terapéutico con miras a una modificación comportamental, sólo en base a un factor que resulta disonante para una concepción social de la sexualidad.

Asimismo se ha justificado, tolerado o reprimido la expresión zoofílica o excitación mediante compañeros sexuales de otra especie animal. Esta expresión, sólo en apariencia poco frecuente, pone de manifiesto la pluralidad de las expresiones en general, dado que es innegable que una relación v.g. mujer-perro es muy distinta a otras como mujer-caballo, hombre-cabra, mujer-pezuña, hombre-gallina o la estimulación genital mediante insectos. En la zoofilia también se conjugan diversos factores anímicos, situacionales, estimulativos y sensoriales.

Sadismo y Masoquismo

A través de refuerzos socioculturales (ideología, política, religión, etc.), tanto represivos como inductivos, se robustecen aquellas expresiones que socialmente y aún en forma individual pueden resultarnos inaceptables e incluso inconcebibles. Muchas de ellas tienen como elemento prioritario de la estimulación sexual no un tipo de compañero o un objeto, sino factores sensitivos tales como el dolor.

El sadismo o estimulación y excitación sexual, a través de infligir daño, físico y/o psíquico al(los) compañero(s) sexual(es); así como el masoquismo, que implica la necesidad de sentir dolor y/o ser vejado para la excitación sexual, también ponen de manifiesto una pluralidad poco estudiada, en razón de la intensidad, tipo, lugar, etc. en que se desea causar o recibir el daño.

En base a un respeto a terceras personas y a uno mismo, estas expresiones mueven al rechazo inmediato por parte de aquellos que no comparten esta atracción, del mismo modo como atentan contra los principios éticos de la medicina. Por ello, se busca una causalidad patológica en función de estados psicóticos; sin embargo, tampoco es posible generalizar una etiología y una censura, en virtud de la pluralidad misma de la expresión, su matización de formas y la diversidad de experiencias individuales. El sadismo y el masoquismo también se encuentran lejos de seguir patrones fijos, como dependientes que son de variables tales como rasgos de personalidad, intereses anímicos, grado y tipo de educación, cultura que sirve de marco, forma de vida, religión e indudablemente que puede ser un factor importante, estado de salud. Difícilmente uno sólo de estos factores puede ser responsable de un comportamiento sexual tan complejo.

El dolor como estímulo, en sus diferentes grados, es casi una constante de la sexualidad, no sólo humana sino de una gran cantidad de mamíferos: la agresividad, como imperativo comportamental innato, tiene más de un punto de contacto con el imperativo sexual.

Peligro y miedo como estímulos

Ligada en alguna medida a las anteriores, otra expresión comportamental es la excitación sexual a través del temor, el miedo o el peligro como posibilidad. El miedo a ser descubierto y reprendido es referido por un número considerable de individuos como fuente de excitación o refuerzo de ésta.

Inmersos como estamos en nuestra sociedad en una realidad competitiva, el elemento peligroso supone un reto que, socialmente, si es superado mueve a actitudes de admiración y respeto social hacia el individuo. Aunado ésto a una necesidad de autoreconocimiento y autoestima, el peligro como estímulo se correlaciona como una vía hacia la autovaloración. Sin embargo, por la misma variabilidad del comportamiento y la individualidad, en otros sujetos el temor y el peligro, en vez de constituirse como estímulo efectivo de acción, se torna en inhibidor de la responsabilidad.

Este último hecho quizás tiene mayor significación de lo que en un principio pudiera parecer. El peligro, real o fantaseado, convertido en agente estimulador, erotizado, al parecer es más frecuente entre los varones que entre las mujeres, más por efecto de un condicionamiento social hacia roles estereotipados, que por una razón bioconductual evolutiva.

Si comparamos al *Homo sapiens* con otras especies de mamíferos, encontramos que el miedo y la espectación, como factores correlacionados, suelen inhibir a las hembras humanas, mientras que propician la receptividad sexual en otras hembras animales. La mujer, por lo menos en sociedades como la nuestra, suele retornar a estados fisiológicos basales después de una excitación, ante la sola presencia de un agente sorpresivo que se signifique como perturbador: un ruido extraño, el llanto de alguien, la aparición sorpresiva de una persona, etc., que determinan estados de espectación en los que los niveles de secreción de adrenalina aumentan. En otras especies en cambio, aunque también puede inhibirse la excitación después de iniciada la curva fisiológica de respuesta sexual, v.g. las gatas, la receptividad copulativa o aceptación de la monta está fuertemente determinada por los niveles de adrenalina de los mismos estados de espectación.

En la medida en que las mujeres carecen de períodos concretos de receptividad, como característica de la especie, frente a los períodos de celo de otros animales hembras, cabe suponer que la significación sexual del temor es, en la especie humana, prioritariamente sociocultural, en virtud de que la actividad cerebral, a través de reflexión, asociación, abstracción, etc. puede transformar el miedo en actitud de acecho e imposición del Yo-individuo como actitud de poder. En otras especies, en cambio, el temor se vincula a

reacciones básicamente fisiológicas, subrayando la importancia de la actividad hormonal respecto a la responsividad sexual y determinando las adrenalinas una incompetencia excitativa en los machos y una entrega receptiva en las hembras.

No obstante, nada en concreto puede determinarse aún, dada la falta de investigaciones y lo divergente de algunas observaciones. Por ejemplo, también en virtud de un condicionamiento estereotipado de roles, la fantasía sadomasoquista, quizás tan frecuente entre hombres como entre mujeres, se distribuye generalmente como recepción del dolor (percepción de peligro) entre los individuos de sexo femenino y como agente agresor (provocador de peligro) entre los masculinos.

Exhibicionismo y Escoptofilia

Estrechamente relacionadas con lo anterior, así como por una erotización por vía visual, encontramos expresiones comportamentales como el exhibicionismo o estimulación y excitación a través de mostrar o sugerir los genitales, los deseos de contacto o bien la propia relación sexual; y la escoptofilia o estimulación a través de espiar, descubrir o estar como espectador del coito o la exhibición de los genitales de otros.

Ante estas expresiones la censura institucional clama por la intimidad, la privacía de la sexualidad, no necesaria en todas las culturas, mediante ambiguas fórmulas que aluden a "la moral pública", "las buenas costumbres" y la "no incitación al comercio carnal".

La necesidad del sistema de perpetuarse a través de sus instituciones más fuertes, no defiende a los individuos que constituyen el grupo social, ni al grupo en sí, sino los cimientos de aquello que le permite el control y la reproducción del control vertical del Estado. En el seno de una sociedad consumista, por ejemplo, en que la sexualidad es privacía al tiempo que mercancía o vehículo de mercado, expresiones como el exhibicionismo y la escoptofilia sólo pueden ser toleradas de acuerdo a un control de los aparatos económicos mediante la dosificación que el sistema mismo considera como productiva y no amenazante.

Sexo en grupo y Sexo sin conocimiento previo de la pareja

Con argumentos similares se desacreditan y limitan casi todas las expresiones mencionadas, así como la realización de sexo en grupo, calificada valorativamente como "orgía" (satisfacción *viciosa*, de apetitos o *pasiones desenfrenadas*, según el Diccionario enciclopédico de la Espasa Calpe, Tomo VI, p. 91), y la expresión

de aquellos que buscan su satisfacción sexual a través de encuentros circunstanciales con compañeros anónimos, con escaso o ningún conocimiento mutuo.

Ante esto se esgrimen argumentos represivos en función de la higiene y el peligro de las enfermedades sexualmente transmisibles. En esencia, una educación objetiva y amplia de la sexualidad y un servicio médico preventivo conseguirían una salud real, que el perjuicio arguye como principio moral y que a la vez obstaculiza.

Si bien el *Homo sapiens* es un animal esencialmente social, ningún estudio ha podido demostrar qué tan estable es, como especie, en sus relaciones afectivas. Es en el universo sociocultural de una concepción monogámica, y aún de una poligamia institucional, en que la relación sexual en grupo o con parejas desconocidas que impiden un control social de las actividades del individuo, suponen una alteración tanto del orden social como de la personalidad, también social y previamente condicionada, de los individuos. Las explicaciones científicas sobre una inestabilidad afectiva, no necesariamente tienen que referirse a una alteración de la percepción anímica de la realidad por parte del sujeto, sino que pueden significar una inaceptación del sistema social en que vive o de alguna(s) de sus instituciones.

Al estudiar otras especies animales en sus medios ambientes naturales hemos podido clasificarlos como monógamas, polígamas, constantes o inconstantes en lo que respecta a sus parejas de acoplamiento sexual. Pero ¿cómo saber a ciencia cierta cuál de éstas categorías es aplicable al ser humano como especie? Generalmente cuando estudiamos al hombre lo hacemos en su medio ambiente natural: una sociedad y una cultura, pero éstas no son inmutables y por lo tanto tampoco universales.

Frotismo

El frotismo o excitación a través del roce corporal se relaciona directamente con tipos de vida y niveles de comunicación que pueda o desee alcanzar el individuo, en virtud, como siempre, de innumerables factores de índole biológica, psíquica, sociocultural: económicos, fantasías, impulsividad sexual, etc. Aunque los estudios realizados hasta la fecha en el campo sexológico no han aportado importantes datos sobre esta expresión, cabe esperar que en sociedades con una ideología falocrática su frecuencia sea mayor entre los hombres que entre las mujeres, en función de una capacidad biopsíquica de respuesta sexual de desencadenamiento más rápido entre los machos, aunada a una estimulación social que condiciona una historia de cacería sexual. Esto último, reflejo de un cuadro

de contrarios impuesto: dominador/dominado, activo/pasivo. . . macho/hembra.

Grafolia y Estimulación verbal

El papel que juegan los códigos comunicativos y la significación que se da a los diferentes tipos de representaciones, orales y gráficas, es indudablemente enorme. No es extraño, por lo tanto, que la palabra escrita o hablada, así como las representaciones figurativas, también sean susceptibles de ser erotizadas y determinen formas de expresividad de la sexualidad.

La grafolia o estimulación mediante representaciones gráficas con contenido sexual de alguna manera explícito, podemos subdividirla en iconofilia, que se refiere a las representaciones figurativas, tales como dibujos, fotografías, grabados, películas, etc. y la logofilia en la que el estímulo se manifiesta a través de imágenes creadas mediante la palabra. La grafolia alcanza una pluralidad enorme, y se vincula con la escotofilia, en función de características propias de un grupo social, pudiendo ser ejemplo tanto los grafismos o anotaciones que frecuentemente se encuentran en paredes y sanitarios públicos, hasta muy diversos tipos de arte plástico y textos con alguna forma de contenido sexual, se valoren socialmente o no con un término tan poco preciso como "pornografía".

Asimismo, la palabra hablada puede determinar una expresión sexual en sí, relacionada en alguna medida con el frotismo. Sin que haya sido analizada profundamente ni con rigor científico, en forma empírica se reconoce la existencia de individuos cuya excitación se logra a través de expresar verbalmente o de escuchar, palabras y comentarios de índole sexual, muchas veces en forma anónima: oculto o mediante llamadas telefónicas. La reacción de miedo, silencio expectante, asombro, etc., por parte del escucha, desencadena la excitación sexual.

Escatofilia

Por último, podemos hacer referencia a la escatofilia, que esencialmente también es subdivisible en dos: coprofilia o excitación mediante los excrementos y la urofilia, a través de la orina.

La forma en que estos medios estimulativos son utilizados y la significación que adquiere para el individuo van desde la visión hasta la ingestión y la sensación de vejar a otro hasta la autodegradación.

Las razones por las que lo escatológico adquiere valores de estimulación sexual efectiva son innumerables y no sólo una fijación o regresión a "etapas anales", y sólo podemos generalizar en la medida que se conciba como una prueba más de la ilimitada capacidad

de erotización alcanzada por el *Homo sapiens*. Los excrementos, como cualquier otra cosa, sólo adquieren valores positivos o negativos en función a escalas perceptivas y axiomáticas particulares a cada grupo sociocultural. Si queremos seguir un análisis objetivo no podemos seguir manejando concepciones simplistas de una unidireccionalidad causa-efecto ni un funcionalismo estereotipado: No todo tiene una única función ni un efecto es siempre producto de una misma causa o factor desencadenante.

5. Consideraciones Finales

En la medida en que la sexualidad humana va más allá de una reproducción, estableciéndose como un motor de acción presente en las relaciones interindividuales, que regula y motiva ciertas realidades socioculturales, su comprensión exige una conceptualización amplia. Quizás la frase atribuida a Kinsey: "los únicos comportamientos sexuales que podemos considerar antinaturales, son aquellos cuya realización es imposible", sea la forma menos valorativa de abordar tal variabilidad comportamental.

En función a la diversidad, la pluralidad y el dinamismo de una existencia sociocultural, cabe señalar que:

1. Si bien hemos hecho referencia a un considerable número de expresiones comportamentales de la sexualidad, debemos estar conscientes de que ninguna de ellas, por sí misma, constituye la sexualidad específica del *Homo sapiens*.

2. Una característica afín a la mayoría de los animales, que en el hombre alcanza niveles enormes, es el hecho de ser impredecibles en un momento dado. Por ello, otras muchas expresiones pueden existir o llegar a manifestarse, aún y cuando hoy las desconozcamos y nos sean difíciles de concebir.

3. Ninguna de las expresiones sexuales se manifiesta, necesariamente, en forma aislada, sino que, como se ha señalado, la pluralidad permite la conjunción de varias de ellas en un mismo individuo, tanto simultáneamente como en distintos períodos de su vida.

4. Las diversas observaciones nos permiten asegurar que, en esencia, ninguna de las expresiones es ajena a cada miembro de la especie. En la medida en que la sexualidad se manifiesta como un *continuum* de expresividad, no sólo potencialmente, sino en forma activa la sexualidad de cada uno de nosotros hace patente algún grado de manifestación por mínimo que sea, de las diversas expresiones comportamentales de la sexualidad.

5. La sexualidad específica del *Homo sapiens* podemos definirla, parafraseando a Freud, como Polimorfa.

BIBLIOGRAFIA RECOMENDADA

- ALVAREZ-GAYOU y col.
1979 *Elementos de Sexología*. Ed. Interamericana, México.
- ALLPORT, G.
1968 *La naturaleza del perjuicio*. Temas de EUDEBA, Buenos Aires.
- BANDURA & WALTERS.
1974 *Aprendizaje social y desarrollo de la personalidad*. Alianza Universidad No. 74 A.E. Madrid.
- BEACH, F. (Ed.)
1970 *Sexo y conducta (Coloquio)*. Ed. Siglo XXI, México
- BEACH & FORD
1972 *Conducta Sexual*. Ed. Fontanella, Barcelona.
- BELL & WEINBERG
1977 *Homosexualities*. I.S.R. Simon & Schuster, Indiana.
- CARTHY & EBLING (Compiladores).
1966 *Historia natural de la agresión*. Ed. Siglo XXI, México
- COOPER, D.
1978 *La gramática de la vida*. Ed. Ariel, Barcelona.
- CHURCHILL, W.
1968 *Comportamiento homosexual entre varones*. Ed. Grijalbo, México.
- DALLAYRAC, N.
1974 *Los juegos sexuales de los niños*. Granica Ed. Buenos Aires.
- DEVEREUX, G.
1977 *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*. Siglo XXI Ed. México.
- DOBZHANSKY, TH.
1969 *Evolución Humana*. Ed. Ariel, Universidad de Chile.
- ENGELS, F.
1972 *El origen de la familia*. Ed. Cultura Popular, México.
- ENRIQUEZ, J. R. (Ed.)
1978 *El homosexual ante la sociedad enferma*. Ed. Tusquet, Barcelona.
- FREUD, S.
1972 *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis*. Alianza Editorial, Madrid.
- GAGNON, J.
1977 *Human Sexualities*. Scott Foresman Co. Illinois.
- GAGNON & SIMON
1973 *Sexual Conduct*. Aldine Publishing Co. Chicago.
- GREEN, R.
1979 "Sissies and Tomboys" SIECUS report, Vol. VII, No. 3, New York.

- HELLER, F.
1976 *Transvestites; trans-sexuals; mixed views*. Delacorte Press, New Jersey.
- KINSEY, POMEROY & MARTIN.
1948 *Sexual behavior in the human male*. W.B. Saunders Company, Filadelfia.
- KINSEY, MARTIN & GEBHARD.
1953 *Sexual behavior in the human female*. W.B. Sunders Company, Filadelfia.
- KLEIN, F.
1978 *The bisexual option*. Arbor House, New York.
- LIZARRAGA, X.
1977 *Ideas en desarrollo para una antropología del comportamiento*. Tesis profesional (inérita), ENAH/UNAM, México.
1979 "Hetero/Homosexualidad: Una modificación de la Tabla de Kinsey" (en prensa).
1980 "Sexualidad: Continuum de expresiones" (en prensa).
- LORENZ, K.
1971 *Evolución y Modificación de la conducta*. Siglo XXI Ed., México.
- LORENZ & LEYHAUSEN.
1971 *Biología del comportamiento*. Siglo XXI Ed., México.
- MAGEE, B.
1968 *Uno de cada veinte*. Ed. Grijalbo, México.
- MALINOWSKI, B.
1971 *La vida sexual de los salvajes del noreste de la Melanesia*. Ed. Morata, Madrid.
- MARTIN, PH.
1972 *Lesbian/Woman*. Glide Publication, Sn. Francisco.
- MASTERS & JOHNSON.
1966 *Human sexual response*. Little, Brown & Co., Boston.
- MEAD, M.
1973 *Sexo y temperamento en las sociedades primitivas*. Ed. Laia, Barcelona.
- MENAKER, E. & W.
1968 *El yo en la evolución*. F.C.E., México.
- MILLETT, K.
1975 *Política Sexual*. Ed. Aguilar, México.
- MISTCHERLICH, A & M.
1973 *Fundamentos del comportamiento colectivo*. Alianza Universal No. 52, Madrid.
- MONEY & MUSAPH.
1978 *Handbook of Sexology*. Elsevier, New York.
- MONEY, MUSAPH & EHRHARDT.
1977 *Man and Woman, Boy and Girl*. The John Hopkins University Press, Baltimore.
- MOSCOVICI, S.
1975 *Sociedad contra natura*. Siglo XXI Ed., México.

- RUSSELL, B.
1969 *Matrimonio y moral*. Ed. Siglo Veinte, Buenos Aires.
- REICH, W.
1971 *Sexualidad: libertad o represión*. Col. 70 No. 111 Ed. Grijalbo, México.
- REICHE, R.
1974 *La sexualidad y la lucha de clases*. Libros de Enlace, Seix Barral, Barcelona.
- SCHOFIELD, M.
1972 *El comportamiento sexual de los jóvenes*. Ed. Fontanella, Barcelona.
- TRIPP, C.A.
1978 *La cuestión homosexual*. EDAF, Madrid.